



REDISCUTIENDO EL “POPULISMO”: APUNTES Y REFLEXIONES EN TORNO DE SU CAPACIDAD EXPLICATIVA

Mariano A. Barrera

Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales (Argentina)

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo discutir, fundamentalmente, cómo se presentan las nociones de “populismo” y “neopopulismo” en ciertos textos clave de la literatura que retoman dichos conceptos. En este sentido, en primer lugar, se analizará dos textos de uno de los primeros intelectuales que aplicó dicho concepto para procurar explicar la política argentina: Gino Germani (1955 y 1962). Se considera necesario realizar esta presentación en tanto que, se entiende, los conceptos vertidos por este autor, a pesar de las transformaciones que realizaron los diversos cientistas sociales que le sucedieron, continúan vigentes —aunque sea, súbitamente— en gran cantidad de artículos que analizan los gobiernos latinoamericanos desde esa(s) categoría(s).

Posteriormente, para analizar las distintas acepciones del concepto populismo, se realizará una escisión analítica a partir de dos dimensiones. De este modo, se procurará investigar en función de los autores que conciben al populismo o neopopulismo en términos de las políticas implementadas, y en virtud de aquellos que la conciben como una práctica política. Dentro de la primera, se pueden encontrar los artículos de Cavarozzi (2000) y Collier (1985); mientras que en la segunda, se retomarán los escritos de Peña (1973 y 1983), Laclau (2005 y 2006), Aricó (1963 y 2005) y Knight (1994). Asimismo, se utilizarán como soporte los textos de Viguera (1993), Tarcus (1996), Durán Migliardi (2007) y Aboy Carlés (2003).

Por último, se realizarán breves comentarios con las principales conclusiones arribadas luego del desarrollo de los diversos autores.

En torno a los orígenes del “populismo”

El agotamiento del modelo agroexportador a partir de la imposibilidad de continuar expandiendo la frontera agropecuaria —dato relevante, dado el carácter extensivo de la producción— (Arceo, 2003), el cual convergió temporalmente con el incipiente proceso de industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) como consecuencia de la primera posguerra en los años 20 del siglo pasado y de la crisis internacional que estalló en 1929, sumado al impulso que, a este proceso sustitutivo, le otorgó el gobierno de Juan Perón (1946-1955) cuando asumió el poder en 1946 (en el marco de la segunda posguerra), generaron fuertes transformaciones en la estructura económico-social argentina hacia mediados de la década del 50.

En este sentido, y con este escenario de fondo, Germani (1962), desde el estructural-funcionalismo¹, realizó un estudio del impacto que tuvo la inmigración, principalmente europea, en la Argentina desde 1869 hasta finales de 1950 centrando el análisis en las transformaciones de la estructura social conforme se desarrollaba este proceso. En función de los Censos examinados, las inmigraciones de ultramar que absorbían, principalmente, los grandes centros urbanos (Gran Buenos Aires y las provincias del litoral), comenzaron a descender con notable intensidad desde 1930. A pesar de que, en términos generales, los inmigrantes que arribaban a estas costas eran de origen campesino, dado el régimen de la tierra prevaleciente —el cual tendió a la conformación de pocos propietarios con grandes extensiones territoriales en las zonas de mayor productividad— el autor sostiene que “la inmigración extranjera a la Argentina fue, pues, principalmente un fenómeno urbano, aun cuando [ésta] también se radicó en las áreas rurales” (Germani, 1962: 187). En su estudio, sostiene que, por un lado, la mayor cantidad de los inmigrantes que arribaron al país se convirtieron, principalmente, en asalariados urbanos y, en menor medida, en peones rurales, mientras que, por el otro, una parte considerablemente menor logró adquirir la propiedad de las tierras.

Este fenómeno migratorio, desde la óptica de Germani, gestó un “nuevo tipo cultural” a raíz de las marcadas dificultades que la “cultura argentina” presentó para asimilar a los extranjeros. De este modo, los hijos de los inmigrantes y sus descendientes fueron los que expresaron este “nuevo tipo cultural” como consecuencia del rechazo, por parte de éstos, de su tradición originaria, sin perder su identificación emocional, y la adopción de la cultura local en tanto que se generó una yuxtaposición entre los elementos criollos y extranjeros². Este largo proceso, “no debe haber sido, ni es, conflictivo en la mayoría de los casos; y esto sobre todo por la ya aludida carencia de tensiones y hostilidades de carácter étnico” (Germani, 1962: 210).

Simultáneamente a la desaceleración del proceso inmigratorio, emergió otro fenómeno demográfico, hasta entonces, poco frecuente —con la intensidad alcanzada— vinculado a los movimientos de personas en el interior del país, esto es, las migraciones internas. En rigor, este proceso estuvo estrechamente ligado al vigor que estaba asumiendo el proceso sustitutivo de importaciones, lo que provocó una nueva concentración en los centros urbanos. Sin embargo, desde la perspectiva de Germani este proceso fue cualitativamente distinto al de las décadas anteriores.

¹ Es pertinente señalar que Germani critica lo que denomina la sociología “tradicional” por carecer de neutralidad y objetividad. Conforme esto, apunta a la elaboración de una sociología “moderna” de carácter cientificista, que se ve plasmada en algunos pasajes de su texto: “Se indicará solamente que todos esos términos implican una comparación entre el punto de vista subjetivo (del grupo actor, a cargo de la acción) y el punto de vista objetivo (de un observador colocado en perspectiva privilegiada con respecto a la del actor)” (Germani, 1962: 245).

² “El resultado del ‘aluvión inmigratorio’, como se lo suele denominar en esta literatura, no fue la asimilación de los inmigrantes a la cultura argentina preexistente, o de ésta a alguna de las corrientes extranjeras más numerosas: fue, por el contrario, una sincretismo que originó —sobre esto caben muy pocas dudas— un tipo cultural nuevo, que todavía no se ha estabilizado. (...) Los portadores de este nuevo tipo cultural son los hijos de los inmigrantes y sus descendientes; (...) se trata de personas perfectamente aculturadas (...) o identificadas con el país, careciendo por lo general de toda identificación con la nacionalidad de origen de sus ascendientes” (Germani, 1962:209-210).

Conforme esto, mientras el primer proceso duró décadas, este último se realizó de un modo intenso en tanto que entre el decenio 1936-1947 “la proporción de argentinos nacidos en las provincias que se fueron a radicar en la zona metropolitana de Buenos Aires, fue equivalente a casi un 40% de todo el crecimiento vegetativo de esas mismas provincias” (Germani, 1962: 230). De esta manera, estos amplios sectores sociales que, para Germani, provenían de zonas “subdesarrolladas” del país y que portaban valores de la “sociedad tradicional” se “trasplantaron de manera rápida a las ciudades” y devinieron de “peones rurales o artesanos en obreros industriales, adquirieron significación política sin que al mismo tiempo hallaran los canales institucionales necesarios para integrarse al funcionamiento normal de la democracia” (Germani, 1962: 230). Este nuevo actor, “carente de procesos de socialización política”³ a raíz de su reciente urbanización y precoz ingreso en el proceso industrial, se insertó en un contexto signado por la política represiva de los gobiernos previos y contemporáneos y por los límites en el funcionamiento de la democracia, lo que unido “a la ausencia de partidos políticos capaces de proporcionar una expresión adecuada a sus sentimientos y necesidades, dejaba a estas masas ‘en disponibilidad’ (...) para cualquier aventura que le ofreciera alguna forma de participación” (Germani, 1962: 231).

En la cita señalada se encuentra la génesis del concepto “populismo” dado que los procesos migratorios que se sucedieron en el país, como consecuencia de, por un lado, su marcada intensidad y, por el otro, la existencia de un sujeto social despolitizado, generaron un nuevo actor que, al no encontrar canales institucionales para expresar sus (nuevas) demandas, estaba “disponible” para que fuera manipulado por la “aventura” de algún líder político que emergiera.

En rigor, es necesario aclarar que en términos políticos, Germani señala la existencia de cuatro etapas en la historia argentina: la primera de ellas, la sociedad tradicional (régimen colonial-1852); en segundo lugar, la democracia representativa con participación limitada (1853-1916); posteriormente, la democracia representativa con participación ampliada (1916-1930); y, finalmente, la transición hacia un régimen con participación total (1930-hasta la fecha en que escribe). El proceso abierto con la Ley “Sáenz Peña” y el arribo al poder de la Unión Cívica Radical (UCR), suponía el ingreso a la vida política de los sectores medios y bajos que se habían gestado y comenzaban a movilizarse; era la incorporación de los hijos de los extranjeros a la arena política. No obstante, Germani afirma que si bien “el radicalismo (...) debía expresar entonces todos los nuevos estratos surgidos en virtud de los cambios de estructura social, del paso del patrón tradicional al ‘moderno’, no puede decirse que cumplió con su función. En efecto, de ninguna manera utilizó el poder para aportar aquellas transformaciones en la estructura social que habrían asegurado una base más segura para el funcionamiento de las instituciones democráticas y tendiente a preparar la integración de todos los estratos sociales a medida que iban emergiendo” (Germani, 1962: 227).

Esta última apreciación es de vital importancia. Se observa una suerte de reclamo al radicalismo por no haber transformado las instituciones de la Argentina de modo tal que se generara una estructura que permitiera la integración de los sectores sociales relegados. Esta falta de instituciones que habilitaran la incorporación temprana y de forma “armoniosa” de estos sectores sociales a la vida política, en la lógica de Germani, hubiera frenado la emergencia de liderazgos discrecionales, es decir, el surgimiento de gobiernos populistas (el peronismo, en el caso argentino).

En este sentido, Germani realiza una desagregación entre sectores populares —principalmente, obreros industriales— y clase media —empleados y pequeña burguesía—. Mientras que los primeros, están conceptua-

³ “Es perfectamente lógico suponer que la inmisión relativamente brusca de esta nueva masa de población —dotada de características psicosociales propias y diferentes de la de los habitantes de larga radicación en la ciudad— haya influido significativamente en las maneras de pensar y de obrar de las masas urbanas —especialmente en su sector obrero” (Germani, 1955: 77).

lizados como sujetos o sectores que, en tanto incultos⁴ y despolitizados, llegan a la gran urbe desprovistos de racionalidad⁵, quienes se encuentran disponibles para que algún líder que pueda manipularlos; los segundos, están inmiscuidos de mecanismos democráticos para canalizar sus demandas, y, por esta razón, no emergen en la arena política irrumpiendo como los sectores populares. Asimismo, el autor aplica esta misma lógica de razonamiento cuando describe brevemente las guerras de la independencia al diferenciar a las “clases superiores urbanas” y los sectores populares. Luego de referirse a los primeros como “personas social e intelectualmente muy superiores al resto de la población”, define a los sectores populares como carentes “de una ideología democrática” en tanto que podían aspirar solamente a “sentimientos democráticos, sentimientos que buscaban su expresión en formas también concretas e inmediatas (...), y que se exteriorizó en definitiva con la adhesión a caudillos locales, de tipo autoritario” (Germani, 1962: 180-181).

En función de lo señalado, es plausible afirmar que para Germani, estas masas *disponibles, irracionales e incultas* no tienen autonomía, necesitan que se les atribuya un horizonte de sentido. El líder, pues, cubre ese hiato. Este líder interpela —en palabras del autor— a la “muchedumbre” con sus diálogos. Los sectores populares, se encuentran disponibles para la aventura de un líder, pero no cualquier líder. Si las masas son irracionales, la cualidad de este líder debe ser la demagogia.

De esta manera, los sectores populares, los cuales carecen de racionalidad y están “disponibles” son interpelados por un líder demagógico, en tanto que le confiere “al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban la dictadura [el peronismo], lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado”⁶ (Germani, 1962: 244).

El razonamiento de Germani para dar cuenta del nuevo fenómeno gira en torno de la teoría de la modernización, esto es, del pasaje de una sociedad tradicional a una moderna. La crítica que el intelectual argentino esbozaba sobre el radicalismo, en tanto que no había transformado las estructuras de la democracia y posibilitado la emergencia de gobiernos populistas, encuentra su expresión aquí. Como sostiene Aboy Carlés, “el populismo es aquí el producto de una asincronía en el proceso de transición de una sociedad tradicional a una sociedad moderna” (Aboy Carlés, 2003: 5). Sin embargo, el propio Aboy Carlés ahonda en las implicancias de dicha concepción y en el vago carácter explicativo que contiene.

“Si la modernización de aspectos parciales de una sociedad no nos dice nada en cuanto a la modernización de esa sociedad como un todo (más aún, en muchos casos esa modernización parcial puede reforzar los rasgos tradicionales a partir del efecto de fusión sostenido por la misma teoría), la pareja sociedad tradicional/sociedad moderna deviene un pobre e hipostasiado paradigma (una suerte de degradado tipo ideal) sobre el que sólo cabría establecer intuitivamente las ‘desviaciones’ de los casos particulares” (Aboy Carlés, 2003: 8).

⁴ Al respecto, vale mencionar la siguiente cita: “La llamada ‘desperonización’ de las masas de las clases populares argentinas (...) por un lado, se trata innegablemente de una cuestión de educación e información” (Germani, 1962: 252).

⁵ Luego de manifestar que la emergencia de la clase obrera en el escenario político, podría haberse realizado por el camino de la democrática —las páginas previas califica al peronismo como una forma de totalitarismo— afirma: “Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse irracional” (Germani, 1962: 251).

⁶ En rigor, el razonamiento de Germani es, en algunas ocasiones, circular. Primero instala el concepto, por ejemplo, demagogia. El líder es demagogo porque le otorga al pueblo la experiencia —ficticia o no, aclara— de haber obtenido ciertos derechos. Rápidamente, en un aluvión de honestidad, sostiene que estos sectores, en tanto se habían desenvuelto en regímenes previamente restrictivos, carecían de estos derechos “liberales”, por lo que se caería el argumento de la demagogia en tanto que nunca los habían poseído; sólo ahora les estaban siendo entregados. No obstante, el autor embiste nuevamente con dicho concepto y lo instala en el debate, lo *deifica*. En el correr del texto, la demagogia y la irracionalidad devienen categorías de análisis del fenómeno.

En esta línea, la noción de populismo se aplica sobre gobiernos que presentan una desviación del curso normal de las sociedades. Esto se expresa, asimismo, cuando Germani sostiene en su estudio que el populismo sustituye la participación política de los sectores populares. La clase obrera, carente de autonomía, era “pensada” y “participada” por el líder demagogo: “El régimen peronista, típico movimiento ‘nacional-popular’, por su origen, por el carácter de sus líderes, por las circunstancias de su surgimiento, estaba llamado a representar solamente un *Ersatz* [substituto] de participación política para las clases populares” (Germani, 1962: 231).

El punto nodal del razonamiento de Germani es que el peronismo —o el populismo, en general— generó una sensación de participación en sectores sociales sin socialización política en tanto que, en rigor, no habría modificado las condiciones estructurales de la economía: “¿En qué medida realizó la dictadura [el peronismo] estos objetivos de las clases populares? Por cierto, nada hizo en el orden de las reformas estructurales. (...) Desde este punto de vista, pues, la adhesión popular al dictador produjo consecuencias contrarias a los intereses populares” (Germani, 1962: 248). En efecto, la descripción realizada por Germani se condice con la de un líder demagógico que persuadió a las masas “irracionales” y “disponibles”, dado que, en realidad, dichos gobiernos no presentaban avances significativos para los sectores populares. Desde su criterio los sectores que apoyaron el populismo, es decir, al líder demagogo, eran aquellos que habían arribado a los centros urbanos desde las distintas provincias del país —a partir del proceso de industrialización— y que no estaban sindicalizados⁷.

En síntesis, la noción de populismo desarrollada por Germani contiene en sí misma una serie de nociones que fueron sedimentando en la literatura social. En cuanto a las “masas”, fueron calificadas de: “heterónomas”, “irracionales”, “disponibles”, “despolitizadas”, “incultas”, “atrasadas/tradicionales”, entre otros. Con respecto al “líder” y su vínculo con éstas: “demagogo”, “autoritario (dictador)”, “manipulador”, “que no respeta la institucionalidad”, etc. De esta manera, en el correr del escrito se analizará el concepto de populismo en los textos señalados en función de analizar cómo son presentados por los diversos autores y evaluar si presentan similitudes con la perspectiva de Germani.

El “populismo” como concepto para analizar las políticas

El análisis desarrollado por Marcelo Cavarozzi (2000) gira en torno de los modelos de desarrollo o modelos de acumulación que emergieron en América Latina entre 1930 y finales del siglo XX. Sostiene que la crisis de las ideologías y de los proyectos autoritarios junto con el desmembramiento del Estado de Bienestar y la erosión de las identidades políticas, generaron una crisis de la política que lo define a través del agotamiento de la “matriz Estado Céntrica”, la cual se expresó en un proceso de privatización y retracción del espacio público. Dentro de la matriz señalada, el autor describe la existencia de dos modelos económicos: el populista y el desarrollista. Mientras este último tiene su eje en cierta restricción al consumo y mayor énfasis en la inversión, el primero surgió de la convergencia “del intervencionismo [económico] y de la politización del conflicto social [o intersectorial], la creación de un espacio político unificado y común en el que interactuaron los diferentes agentes económicos y sociales” (Cavarozzi, 2000: 200). En este sentido, si bien la intervención económica y el conflicto intersectorial son procesos que existían con antelación a la emergencia de los “populismos de la posguerra”, Cavarozzi plantea que la característica sustancial del populismo es la convergencia de dichas

⁷ Es necesario resaltar aquí que esta hipótesis fue fuertemente cuestionada por numerosos autores, entre los que se destacan Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero con el libro *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Allí sostienen que el apoyo al peronismo se dio también a través de los sectores que poseían fuerte tradición sindical.

esferas, lo que determinó, según su interpretación, “que las políticas económicas se transformaran en material explícito de la política”⁸ (Cavarozzi, 2000: 200).

En esta lógica, el autor afirma que el populismo se caracterizó por su “*tendencia a formular y proponer políticas redistributivas como si no lo fuesen*. Como resultado, el mito fundante del populismo (...) estuvo inevitablemente asociado a la ilusión de la política sin costos” (cursivas en el original, Cavarozzi, 2000: 200). Para Cavarozzi, los políticos populistas en América Latina se caracterizaron, en complicidad con sus públicos, por implementar políticas, al margen de los resultados que éstas pudieran ocasionar. En este sentido, esta lógica les llevó a que los respectivos países a finales de la década de 1940 y principios de la siguiente debieran asumir los costos de su implementación: cuellos de botella en sus balanzas de pagos y en los *déficit* fiscales, como así también, en el estancamiento del sector agrícola.

Si se analiza este razonamiento, se observa cierta similitud con el esbozado por Germani respecto de su concepto de demagogia. Es decir, el líder demagogo con la finalidad de persuadir a las masas carentes de autonomía y racionalidad implementó políticas que terminaron generando crisis en las respectivas economías; en palabras de Germani, como se señaló: “[El líder] nada hizo en el orden de las reformas estructurales. (...) Desde este punto de vista, pues, la adhesión popular al dictador [peronismo] produjo consecuencias contrarias a los intereses populares” (Germani, 1962: 248).

En rigor, esta interpretación tiene fuerte similitud, incluso, con las esbozadas por Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, quienes desde una matriz de pensamiento neoclásica cuestionaron la “macroeconomía” del “populismo”, en tanto que, al focalizarse en la distribución y el crecimiento, relega el análisis de los costos o riesgos de dicha política: inflación, *déficit*, restricciones externas, entre otros. Estos autores sostienen que las políticas económicas aplicadas terminaron perjudicando a los sectores que pretendían favorecer. En función de esto, Alan Knight (1994) expresa que para Dornbusch y Edwards el populismo es “*productor de crisis*” (cursivas en el original, Knight, 1994: 58). La crítica que se le puede realizar a esta interpretación es que esa conceptualización también puede aplicarse a otros modelos de crecimiento y economías, como por ejemplo a Gran Bretaña. Asimismo, vale agregar que algunos de los denominados populismos, no arribaron a las consecuencias que señalan: el gobierno de Cárdenas en México no tuvo *déficits* excesivos, ni aceleración de la inflación.

Esta explicación desarrollada por Dornbusch y Edwards, tiene estrecha similitud con algunas críticas que Cavarozzi le realiza al régimen “populista” cuando analiza el modelo neoliberal consolidado en la década de 1990, en la cual remarca: “La vigencia del modelo neoliberal, ya desprovisto de los componentes autoritarios que habían marcado su nacimiento en América Latina, permitió que la región superara la situación de ajuste caótico y desorden político que caracterizó a muchos países a fines de la década de 1980; la *administración macroeconómica adecuada y la estabilidad de precios proporcionaron una plataforma que posibilitó la recuperación del crecimiento basada en el dinamismo de la economía de mercado*” (bastardillas propias, Cavarozzi, 2000: 210). Cabe señalar que, a diferencia de otros autores (Azpiazu, Basualdo y Khavisse, 1986; Basualdo, 2006; Azpiazu y Schorr, 2010), para Cavarozzi, a principios de la década de 1980 seguía vigente la matriz Estado céntrica⁹. En este sentido, la lectura del modelo populista, en cuanto a la irracionalidad de las políticas implementadas, tiene fuertes lazos con la de los autores señalados, que, a su vez, se vincula con argumentos de Germani, como se resaltó.

⁸ En rigor, cabe resaltar que la conformación de instituciones políticas que regulen, con marcada vitalidad, la actividad económica está presente en la obra de Keynes, Teoría general de la ocupación, interés y el dinero, a quién no se ha definido como populista.

⁹ El autor sostiene que “a partir de 1982 (...) se agravó la crisis de la matriz Estado céntrica y del dirigismo económico” (Cavarozzi, 2000: 211).

Otro de los autores que centró parte de sus estudios en el populismo, desde la perspectiva del análisis del modelo de acumulación, haciendo hincapié en el sistema político, fue Guillermo O'Donnell¹⁰. De esta manera, define al sistema político populista como eminentemente "incorporador" en tanto que se sustentaba en una coalición de clases de intereses urbanos e industriales (que en su interior contiene elementos de las élites industriales y los sectores populares urbanos). Este sistema, afirma, es la expresión del rechazo a la restricción política que había establecido el Estado oligárquico, el cual se sustentaba en una élite restringida al modelo agroexportador, que dominaba el Estado y orientaba las políticas en función de sus intereses. En este sentido, en términos de participación, era fuertemente excluyente.

La implementación del sistema político populista, en términos del modelo de acumulación, el cual se basaba en la sustitución de importaciones, estaba orientado a la ampliación del mercado interno, a través de la expansión de la producción de bienes de consumo masivos elaborados, fundamentalmente, por la burguesía nacional, la cual era beneficiada con el aumento de los aranceles a la importación y el otorgamiento de subsidios desde el Estado. Esta coalición de intereses, asociados a la ampliación del mercado interno, generó un incremento en los ingresos de los sectores populares.

El análisis de O'Donnell (desarrollado por Collier) deviene un tanto mecánico. Según plantea este último autor, la interpretación del intelectual argentino se basa en que ante la saturación del mercado nacional, dado que se completa la fase inicial del modelo de industrialización de importaciones de bienes de consumo, existe un límite a la expansión industrial por el alto costo de comprar en el exterior bienes intermedios y de capital lo que generaba las consecuentes apariciones o incrementos de los *déficit* de balanza de pagos, deuda externa e inflación. Esto generaba una política de "suma cero" que fracturaba la coalición de clase inicial, lo que conllevaba un cambio de política económica, por parte de las élites, hacia la ortodoxia (concentración del ingreso, fundamentalmente). A su vez, propiciaba la reacción de los sectores populares cuyo desenlace dependía de la correlación de fuerzas de cada sociedad. En general, a estos gobiernos "populistas" los sucedieron gobiernos "burocráticos autoritarios" que restringieron la participación de los sectores populares.

Uno de los rasgos de esta interpretación es la idea de alianza o coalición de clases entre capital y trabajo, en tanto, en una primera instancia, tienen intereses en común. Una crítica que realiza Knight (1994) a este tipo de interpretaciones que describen al populismo a partir de la alianza de clases, gira en torno de que, en rigor, son pocos los regímenes políticos que no estén conformados por coaliciones. Asimismo, cuestiona la validez empírica del régimen populista dado que, a diferencia de la Argentina y Brasil en donde las respectivas bases sociales eran obreras, en México, tuvo un fuerte apoyo campesino el cardenismo.

Otro señalamiento que puede realizarse estriba en que, esa explicación mecánica culmina con la crisis del modelo por particularidades intrínsecas al mismo; entra en crisis por su propia lógica de desarrollo, es decir, se agota¹¹. Esta interpretación tiene cierta similitud a la desarrollada por Cavarozzi.

A esta altura es dable realizar ciertos breves comentarios. Si bien Germani no se centró en el modelo de acumulación, para realizar su caracterización del populismo, es posible rastrear ciertas reminiscencias de su teoría en los autores señalados. Fundamentalmente, la idea de concebir un vínculo entre el líder y las masas

¹⁰ Las definiciones que en este trabajo se plasman sobre O'Donnell serán tomadas del texto de David Collier (1985). Si bien a priori no pareciera correcto tomar la interpretación de un tercero como válida para describir a O'Donnell, sería dable realizarlo en tanto Collier agradece al propio autor las correcciones que le hizo a su capítulo.

¹¹ En la actualidad hay diversas investigaciones que cuestionan la idea del agotamiento del modelo ISI (Basualdo, 2006, entre otras). El problema de explicar la caída por medio del agotamiento se encuentra en que, en última instancia, solapa los intereses que perjudicaba: esto es, fundamentalmente, al sector agroexportador y a cierta fracción de los sectores dominantes que tenían intereses tanto en la actividad industrial como en la agropecuaria.

sustentado en un engaño, en tanto que, las masas manipuladas creen haber logrado reivindicaciones, pero que en realidad representan la antesala de una *crisis inevitable*.

Otro punto a señalar es la vaga adecuación que tienen dichas categorías a los casos de estudio específicos, en tanto que no en todos los “populismos”: a) las alianzas de clase fueron las mismas; b) terminaron en crisis recurrentes de balanza de pagos, *déficit* fiscales, inflación y/o deuda externa.

El populismo como concepto para analizar la política

Dentro de la denominada nueva izquierda marxista, en la Argentina, se ubica la perspectiva de Milcíades Peña, quien también caracterizaba al peronismo como populismo —en rigor, como un bonapartismo¹²— dado que “no representaba a ninguna clase, grupo de clase o imperialismo, pero extraía su fuerza de los conflictos entre las diversas clases e imperialismos” (Peña en Tarcus, 1996: 300). Esta representación del peronismo, se condice fuertemente con las nociones de populismo descripta por Germani. Para Peña era “evidente que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado por conseguirlas. La plena ocupación y la creciente demanda de obreros hacían inevitable económicamente que mejorase la situación de los trabajadores. El bonapartismo del gobierno militar preservó, al orden burgués, *alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase*, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista” (cursivas propias, Peña, 1973: 71). Esta perspectiva se asimila a la desarrollada por Germani en tanto contiene los elementos de “manipulación”, “masas heterónomas”, “falsa conciencia” en el análisis de la clase obrera. En este sentido, le confiere al peronismo un rol conservador del orden vigente ya que su objetivo fue “acabar con la lucha de clases y someterla a la tutela del Estado” a través de una doble estrategia: represiva e integradora (Peña, en Tarcus, 1996: 290). De este modo, afirma de forma rotunda que la única salida a la situación social y económica es la revolución socialista por parte de la clase obrera (respaldada en los peones y chacareros): “Hablar de revolución democrática o revolución nacional es caminar en el vacío” (Peña, 1986: 235).

En la concepción de Peña, la sociedad argentina durante la denominada segunda industrialización sustitutiva de importaciones (1958-1976), se insertó en la fase monopolista del capital, razón por la cual solamente podrá “salir del estancamiento bajo la estricta planificación de la economía” (Peña, 1986: 235). De este modo, en tanto que el proceso de crecimiento industrial en los países atrasados a partir de la sustitución de importaciones no transforma las relaciones de propiedad ni clase, genera un proceso de “pseudo-industrialización (...) parodia o caricatura de industrialización” (Peña, en Tarcus, 1996: 283). De aquí se desprende que Peña concibe que el nacional-populismo posee límites estructurales para lograr el progreso social.

Es marcada la vigencia en el pensamiento de Peña de las nociones desarrolladas por Germani respecto de que el populismo suponía una manipulación por parte del líder de las masas, en tanto que éstas no podían alcanzar la conciencia de clase (no eran autónomas, en términos de intelectual italo-argentino). Lo paradójico es que ambos intelectuales analizaban la realidad social desde marcos cuasi-antagónicos.

¹² La noción de Bonapartismo es retomada por Peña del libro de Carlos Marx (2001), en el cual el autor alemán al analizar el nuevo gobierno sostiene: “Bajo Napoleón, la burocracia no era más que el medio para preparar la dominación de clase de la burguesía. Bajo la restauración, bajo Luis Felipe [Bonaparte], bajo la república parlamentaria, era el instrumento de la clase dominante, por mucho que ella aspire también a su propio Poder absoluto. Es bajo el segundo Bonaparte (Luis) cuando el Estado parece haber adquirido una completa autonomía. (...) Sin embargo, el Poder del Estado no flota en el aire. Bonaparte representa a una clase” (Marx, 2001: 128-129).

Otra de las conceptualizaciones respecto del populismo¹³ es la del intelectual marxista argentino José Aricó. En rigor, el análisis que realizó fue variando en función del contexto sociopolítico. Si se entabla una comparación entre el editorial de la revista *Pasado y Presente*, del año 1963, y su libro *La cola del diablo*, de 1988, se puede apreciar ciertas divergencias en torno a dicho fenómeno. En efecto, en el primer escrito las menciones al peronismo son tangenciales en tanto que no alude directamente a él. No obstante, de dicha insinuación se puede aprehender una noción que lo sugiere como un desvío de la clase obrera de su camino, la revolución: “Es aún limitada la presencia hegemónica del proletariado, pues inciden sobre él demasiados residuos corporativos, prejuicios, incrustaciones de ideología provenientes de otras clases, que le impiden comprender con la profundidad que exigen las circunstancias la tarea histórica que debe realizar como futura clase dirigente del país” (Aricó, 1963: 3). En función de esta frase, se desprendería la idea de que el populismo, en tanto que ideología burguesa que no proponía trascender el sistema capitalista sino la conciliación de clases y la conformación de la “tercera posición”¹⁴, sería una traba para el desarrollo de una conciencia colectiva nacional revolucionaria cuyo eje central debía girar en torno del proletariado. El peronismo, desde esta posición habría obstaculizado la expansión del marxismo dentro de la clase obrera.

Veinticinco años después, al redactar *La cola del diablo*, la lectura realizada sobre el peronismo de izquierda era otra, porque también el contexto había cambiado. Pero no solamente se había transformado este último, sino que la percepción de ciertos sectores de la izquierda respecto del peronismo había mutado, y este giro comenzó a realizarse desde mediados de los 60, pero cobró mayor fuerza en los 70 a raíz de la radicalización del movimiento peronista, en parte, por el proceso de resistencia iniciado en 1955.

Esta postura se plasmó en ciertos artículos de *Pasado y presente* publicados desde 1973. Si bien se oponían al militarismo político y a la estructura autoritaria que había adquirido la agrupación peronista armada *Montoneros*, asumían que peleaban, cada uno desde su espacio, desde el mismo lado y por los mismos objetivos¹⁵, ya que dicha organización encarnaba los ideales que desde los 60 pregonaban. La aprehensión de los conceptos gramscianos, principalmente la noción de nacional-popular, que les permitió revitalizar el análisis marxista desde una óptica nacional, les concedía la posibilidad de concebir al peronismo como sujeto colectivo portador de la revolución y no ya como una ideología que le impediría al proletariado alcanzar el socialismo. Según escribían en 1973, recuperado luego en 1988, el peronismo había encarnado en el sentir de los sectores populares: “Partiendo de una crítica radical del vanguardismo izquierdizante (...) individualizábamos en el interior del peronismo el ‘único proceso verdaderamente válido y significativo de agregación política revolucionaria y socialista [...] No est[áb]amos prejuzgando [...] est[áb]amos simplemente afirmando lo que la historia de las dos últimas décadas nos ha dejado como lección: hoy la posibilidad del socialismo atraviesa el movimiento peronista y sobre las espaldas de los peronistas revolucionarios recae la responsabilidad de que esa posibilidad no se frustre” (Aricó, 2005: 105).

La reconceptualización del fenómeno peronista por parte de la revista *Pasado y presente*, en general, y Aricó, en particular, estaba asociada, por un lado, a la ruptura que el grupo había tenido con la ortodoxia del Partido Comunista Argentino y por el otro, —aunque existan otras explicaciones— a la idea de que el peronismo había encarnado en estos sectores (clase obrera y clase media) y era posible, a través de esta conjunción,

¹³ Vale resaltar que en su análisis utiliza el término de peronismo. No obstante, dado que en una primera instancia si bien no utiliza dicho concepto, está impregnado de determinantes que se fueron desarrollando en este documento. A su vez, dada la trascendencia del autor y la evolución de su pensamiento, deviene importante retomar parte de sus estudios.

¹⁴ En sus primeras presidencias Perón sostenía la necesidad de alinearse en una tercera posición, en franca oposición a los “dos imperialismos”, el norteamericano y el soviético.

¹⁵ En este sentido, en 1988 Aricó escribía: “En los setenta, algunos más, otros menos, fuimos todos montoneros (...) soñábamos con los ojos abiertos porque teníamos la secreta intuición de que con su suerte se jugaba también la nuestra y la de la izquierda argentina” (Aricó, 2005: 104-5).

alcanzar el socialismo, en el marco de las categorías gramscianas. Esta postura les permitía pensar la transformación social en función de las propias organizaciones que los sectores subalternos se dieran a sí mismos, en donde el movimiento peronista jugaba un rol fundamental.

En este sentido, si bien la primera conceptualización de dicho fenómeno tenía una impronta negativa al igual que la expresada por Germani, en tanto que para Aricó y el grupo de *Pasado y presente* en 1963, el peronismo desviaba a la clase obrera de su destino de clase, es dable afirmar que es cualitativamente distinta a la interpretación realizada por el sociólogo italiano que lo concebía como un totalitarismo. Esto se plasma en la reconceptualización que hace el grupo desde mediados de los años 60 y, principalmente, en los 70, al calor de las luchas sociales. A raíz de estos sucesos y la reivindicación que algunas organizaciones realizaban del peronismo como vehículo para alcanzar el socialismo, en *Pasado y presente* se lo empezó a concebir como el “único proceso válido”, en tanto que era la forma organizacional que los sectores populares¹⁶ habían adquirido en función de dicho objetivo.

Otro autor que proviene de las filas del marxismo —actualmente, es considerado *posmarxista*—, que retoma el concepto de populismo es Ernesto Laclau. Para el intelectual argentino, el populismo representa una ruptura con el orden vigente que se “expresa a través de una extensión y reafirmación de la intervención estatal” (Laclau, 2005: 116). De este modo, al explicar el caso argentino, el autor sostiene que antes de la crisis de 1930, la vida política se organizaba en virtud de la forma clásica de clientelismo, la cual estaba asociada al intercambio *individual* de votos por favores. Sin embargo, esto generaba una acumulación de demandas insatisfechas en tanto que no existía una estructura estatal que pudiera satisfacerlas. A su vez, esta lógica individual de satisfacción de demandas, obstruía la formación de cadenas de equivalencias (concatenación de demandas). Para Laclau:

“Esto crea una situación de descontento generalizado, una equivalencia difusa entre los reclamos frustrados y, finalmente, la emergencia de un líder que por fuera y contra el aparato institucional convoca a las masas a la acción política. La intervención de Perón, fundada en la expansión del rol de los sindicatos, quiebra la columna vertebral del viejo sistema clientelístico. Los punteros, sin desaparecer, ven su papel restringido: para seguir con el ejemplo, ya no es necesaria su intervención para conseguir una cama de hospital, porque está el hospital sindical” (Laclau, 2006: 116).

La emergencia del populismo, en este sentido, como ruptura o momento instituyente, procura articular las demandas sociales en torno de la conformación de una cadena de equivalencias que forman una unidad. Esta unidad, para Laclau, es la que constituye el momento de conformación de la identidad del “pueblo como voluntad colectiva”, y, a su vez, en tanto proceso dialéctico y producto de que el discurso populista “siempre dicotomiza los espacios sociales”, es cuando el “adversario político” adquiere identidad política. La articulación equivalencial de la cadena no emerge por compartir rasgos positivos entre las demandas, sino que “está dada por su común oposición a un régimen que las niega a todas ellas” (Laclau, 2006: 119). La derivación lógica que realiza Laclau, le lleva a sostener que si lo que las aglutina es el antagonismo respecto del régimen dominante, aspecto que posibilita que se reúnan demandas heterogéneas, “la operación que las agrupa no puede ser una operación de subsunción y, por ende, el significante vacío en que esa unidad se plasma no puede ser de naturaleza conceptual. (...) El significante vacío es un nombre y no un concepto y, por tanto, constituye el movimiento político como singularidad. Pero la forma por antonomasia de un nombre (singular) es un nombre propio, lo que explica el rol del líder: en su nombre cristaliza la unidad del movimiento” (Laclau, 2006: 119).

¹⁶ Es menester aclarar que no era la única organización política que pregonaba el cambio social —el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de filiación marxista, es sólo un ejemplo—, pero sí la más numerosa.

Para Laclau, entonces, la unidad, es decir, la identidad colectiva está en constante tensión entre dos lógicas: la diferencial y la equivalencial. En este sentido, la lógica de la diferencia se expresa en las divergencias que las distintas demandas que conforman la unidad tienen entre sí; mientras que la lógica equivalencial implica la convergencia entre las demandas agrupadas en la unidad¹⁷, que —en tanto totalidad— determinan el rechazo o exclusión de un otro —el régimen dominante—. De este modo, esta unidad se encuentra en constante tensión entre ambas lógicas, tensión que puede mantenerse en esta totalidad dado que expele a un otro. Esta identificación a partir de la exclusión de otra totalidad, es la que aglutina la unidad: “Con respecto al elemento excluido, todas las diferencias de la unidad son equivalentes entre sí —equivalentes en su rechazo común a la identidad excluida—” (Laclau, 2005: 94). Es por este proceso dialéctico de oposiciones, que Laclau sostiene que la totalidad que se alcanza es fallida, “es una plenitud inalcanzable”, en tanto que persiste la lógica diferencial en el interior de la unidad. Esto es, al no poder superar la tensión entre ambas lógicas, no se logra suturar la totalidad; pero incluso, esta totalidad fallida es necesaria ya que sin ningún cierre —por débil que sea— no existiría identidad alguna.

De esta totalidad fallida, Laclau sostiene que una de las diferencias, en tanto *particularidad*, puede devenir representante de la totalidad; “su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación universal de la que ella es portadora”. A esta operación, en la que una particularidad asume una significación *universal* —contradictoria con ella misma—, la denomina *hegemonía*, “y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es (...) un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío” (Laclau, 2005: 95), cuya naturaleza, como sostiene el autor, no puede ser conceptual, sino nominal.

Dentro de la concepción antiesencialista en la que se inscribe —en tanto que *posmarxista*—, afirma que la totalidad, al aplicarse sobre sociedades que no están unificadas “por un contenido óptico determinado —determinación en última instancia por la economía, el espíritu del pueblo, la coherencia sistémica, etcétera—”, no puede ser “representada *directamente* en un nivel estrictamente conceptual” (Laclau, 2005: 95), sino que es una totalidad hegemónica, no determinable *a priori*. De este modo, al desligar el populismo de una clase social en particular —en tanto totalidad hegemónica fallida—, lo define como una lógica política: “Nuestro intento no ha sido encontrar el *verdadero* referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político” (Laclau, 2005: 11).

En este sentido, la forma que asuma el populismo dependerá de la lucha política, asociado a la contingencia. De esta manera, estará vinculado al tipo de demandas insatisfechas que emerjan por la ausencia de respuesta desde el Estado y que un *particular* —dentro de la identidad que conforman esas demandas— devenga en representante de esa totalidad (dando identidad política tanto a la identidad propia como a una otra que se expele) y que, este significante vacío, pueda articular las demandas en torno de cadenas de equivalencias. En esta teorización de Laclau, el líder carece de capacidad manipuladora en tanto que es expresión —y no origen— del movimiento político; es más bien, el punto en el cual se articulan las demandas y le permite forjar la unidad frente a un otro. De este modo, no existe desviación posible dentro del populismo, tal como planteaba Germani, Peña, el “primer” Aricó, y en menor medida, Cavarozzi, dado que es parte de la articulación política.

El inconveniente que encuentran varios teóricos respecto de esta definición de populismo es su poca capacidad de discernir entre movimientos político-ideológicos opuestos. En este sentido, Knight sostiene que este tipo de análisis “son minimalistas; admiten demasiado candidatos a su club, sin discriminar entre ellos” (Knight, 1994: 54). Asimismo, otro intelectual argentino que proviene del marxismo, Atilio Borón, refiriéndose al libro señalado, expresa:

¹⁷ Cabe aclarar que se está tomando los conceptos de “unidad”, “totalidad” e “identidad” como sinónimos, a pesar de que no sean idénticos entre sí.

“[En] la obra *La Razón Populista*, de Ernesto Laclau, el populismo se desencarna por completo y aparece como un concepto históricamente vacío. La radical escisión entre el concepto teórico y el mundo de la experiencia le permite a este autor sostener que toda política es populista dado que no sería otra cosa que la forma en que un líder simboliza demandas sociales insatisfechas. Ante asombrosa evaporación conceptual, en donde como en el resto de la obra de Laclau «todo lo sólido se disuelve en el aire» (...), no sorprende que en su libro aplique la categoría «populismo», a regímenes políticos y líderes tan diferentes como Álvaro Uribe, que según Laclau unificó las demandas de orden que existían y existen en Colombia, y Hugo Chávez, que hizo lo propio con las de justicia social que conmovieron a Venezuela desde los años noventa. Cabe preguntarse por la utilidad social de un concepto cuyo poder discriminatorio no alcanza a percibir diferencia alguna entre Uribe y Chávez” (Borón, 2008: s/n).

Si bien las críticas vertidas respecto de su obra son, no solamente ciertas, sino problemáticas para forjar una categoría de la “ciencia social”, Laclau presenta una visión completamente distinta a las desarrolladas hasta ahora, alejada de connotaciones valorativas, en la cual procura explicar la lógica de desenvolvimiento que entraña el fenómeno.

Una interpretación que también se centra en ciertas nociones relativas a la política, pero desde un marco analítico distinto a las señaladas previamente, es la que desarrolla Knight (1994). Su estudio se inicia con una breve síntesis respecto de las diversas interpretaciones sobre el populismo, encorsetándolas en cuatro enfoques¹⁸. Luego de realizar las críticas que considera a cada una de ellas, Knight brinda una aproximación a su interpretación del fenómeno:

“Pero, como sugerí antes, el populismo no debe definirse solamente en términos económicos, pues también significa un estilo político, una retórica, una relación entre el líder y adherentes, una respuesta a las crisis, un medio de movilización, una forma de mediación política (...) Implica, no tanto un proyecto económico o una alineación de determinadas clases, sino una combinación de ideas, de estilos, de relaciones políticas que muestran cierta coherencia funcional” (Knight, 1994: 64).

En este sentido, no considera que “el modelo económico de la ISI (Industrialización Sustitutiva de Importaciones)” se deba corresponder con el populismo, en tanto que no es una relación “inevitablemente necesaria”. Esta definición que esboza es sugestiva a partir de la vaguedad de la misma. Es decir, rompe el vínculo trazado por otros autores respecto del modelo económico como populista, pero no define qué entiende por populismo. En este sentido, vuelve a caer en la misma falacia: “Una relación entre el populismo y un proyecto económico ortodoxo, incluso hasta neoliberal, es al menos concebible”. Presenta como dos polos no antagónicos populismo con neoliberalismo, pero el *quid* es discernir qué entiende por populismo. Al avanzar en su desarrollo da una señal al respecto:

“La recesión de los años ochenta, junto con la decadencia de la izquierda tradicional y el atractivo —al menos para los políticos— del proyecto neoliberal han ayudado a producir una nueva generación de líderes latinoamericanos que practican lo que O’Donnell llama ‘la democracia delegativa’; es decir, la democratización aparente de los últimos años (...) en realidad se ve muy comprometida por el *estilo político de sus líderes* que, si bien han sido electos en las urnas, *optan por gobernar de una manera arbitraria y autocrática, pretendiendo personificar a la nación y el pueblo (...)*. Las credenciales populistas de estos líderes son, desde cierto punto de vista, muy escasas. (...) Sin embargo, dejando de lado el proyecto económico, se ve que su estilo y retórica políticos hacen pensar en precedentes populistas.

(...) Mi argumento es sencillo: es posible concebir un *nuevo populismo* —el último en la serie histórica— cuyo atractivo para el pueblo estriba en su *rechazo del populismo clásico, especialmente en sus fallos económi-*

¹⁸ Según el autor, los análisis del populismo se centran en: a) el discurso, esto es, en la retórica o el estilo político, en tanto que resalta los antagonismos sociales; b) la coalición de clases, como movimiento policlasista; c) el proyecto sociopolítico, en el modelo de acumulación; d) el modelo económico coyuntural, cuyos estudios son más recientes. Las críticas que el autor señala a cada una de las interpretaciones fueron desarrolladas en el correr del texto.

cos, pero que *comparta con su supuesto adversario un sabor autocrático, arbitrario, plebiscitario y antiinstitucional* (cursivas propias, Knight, 1994: 65-66).

Estos párrafos condensan lo esencial del pensamiento de Knight respecto del populismo, a pesar de las críticas que haya efectuado previamente a las demás definiciones. De esta manera, en la explicación que esboza realiza un rodeo por medio del cual pretende esquivar ciertas interpretaciones que asimilan al populismo con el autoritarismo y falta de institucionalidad, para luego caer en esta concepción. En rigor, cuando sostiene que esa camada de nuevos líderes, la de la década de 1990, tenía pocas credenciales populistas, lo concibe desde el modelo económico aplicado en la vigencia de lo que él denomina “el populismo clásico” (1930-1970), el cual se caracterizaba por ser redistributivo y centrado en el mercado interno (como se señaló en la descripción de O'Donnell). No obstante, aclara que si no se evalúan las “cualidades populistas” desde la perspectiva económica, el estilo y la retórica que poseen permite concebirlos como populistas, en clara alusión a la definición expresada por Germani, en la que consideraba al líder como “autoritario” y/o “carente de institucionalidad”.

Sin embargo, y distanciándose un poco de aquellos que conciben al populismo como mera demagogia, Knight aclara que los populismos clásicos se basaron en un proceso real de mejora de los sectores populares:

“La legitimidad duradera —en este caso, de tipo populista— necesita de políticas genuinas de redistribución, beneficios materiales y psíquicos reales (...). El atractivo del populismo debe ir más allá de la retórica (Knight, 1994: 67).

(...) Como sugieren estos casos [peronismo y cardenismo], el populismo no debe considerarse un truco que engañó a un pueblo ingenuo, ni una movilización manipulada de masas desarraigadas por parte de una elite maquiavélica” (Knight, 1994: 69).

A partir de estas concepciones el autor arriba a la conclusión de que el neoliberalismo es compatible con el “neopopulismo”. En este sentido, centra las cualidades del (neo)populismo, en el estilo político (“autoritario” y/o “poco institucionalista”), no ya en el modelo de acumulación. La forma que encuentra para compatibilizarlos es a través de la implementación no ya de un modelo económico que se centre en políticas universales sino a través de la ejecución de políticas focalizadas que, de alguna manera, compensen la proliferación de mecanismos de mercado —excluyentes, vale agregar—:

“Las reacciones iniciales sugieren que no es imposible que un político hábil, dotado de recursos suficientes, logre una fusión del neoliberalismo y el neopopulismo (...); una fusión, por lo tanto, de un proyecto macroeconómico basado en el mercado y una estrategia política basada en iniciativas locales. (...) Sin embargo, para tener éxito, tal populismo tiene que cumplir, tiene que hacer una realidad la tantas veces afirmada afinidad entre el mercado, la democracia y la descentralización” (Knight, 1994: 71-72).

En síntesis, el autor pone en pie de igualdad un modelo económico que tendía a la generación de empleo y a la redistribución del ingreso cuyo resultado fue la inclusión de los sectores populares, con otro excluyente (como es el de mercado) que procura ser compensado con políticas focalizadas —como el Pronasol en México—. De esta manera, Knight considera que la implementación de políticas económicas excluyentes como las propugnadas por el neoliberalismo a través de la proliferación de mecanismos de mercado, es compatible con un estilo populista (“autoritario” y/o “poco institucionalista”), si a su vez, implementa políticas focalizadas que, de algún modo, redistribuya recursos a los sectores afectados, a aquellos que quedan excluidos en la sociedad. De esta manera, el neopopulismo no se restringiría a una mera retórica y sería “sustentable”. En rigor, como sostiene Viguera, bajo esta caracterización se diluyen, de algún modo, las dimensiones de análisis utilizadas en tanto que “si por momentos el elemento populista aquí es el ‘estilo político’ (Fujimori), ése sería un ‘populismo efímero’; un populismo ‘duradero’ será aquel que, a semejanza de los ‘clásicos’ (Perón y Vargas) pero en un marco de políticas y proyectos totalmente diferentes, combine estilo con una redistribución real de recursos” (Viguera, 1993: 63).

Conforme esto, el populismo que Knight observa que está resurgiendo, en última instancia, es el que se restringe al estilo y retórica político en relación con sus partidarios (que contenga cierta redistribución). De este modo, las críticas vertidas por Viguera parecen apropiadas en tanto que manifiesta su poca “potencialidad explicativa”, además de advertir “que se corre el riesgo de caer en explicaciones de tipo esencialista: la gente vota por Fujimori o Menem porque sigue aferrada a la lógica o al estilo populista” (Viguera, 1993: 63).

Dentro de las explicaciones que enfatizan el aspecto político también se pueden encontrar similitudes con ciertos rasgos descritos por Germani. De este modo, mientras que Peña y el “primer Aricó” resaltan la falta de autonomía de las masas a través de la desviación a la que son sometidas por el líder, Knight, luego de sostener que el populismo se caracterizó “especialmente por sus fallos económicos”¹⁹, pone énfasis en el “sabor autocrático, arbitrario, plebiscitario y antiinstitucional”. En rigor, se aleja de Germani al sostener que los populismos clásicos realizaron un proceso de redistribución real a favor de los sectores populares. Por su parte, la segunda conceptualización realizada por Aricó centra su análisis en que el populismo es la forma que asumieron los sectores populares para realizar la transformación social, de ahí que sea una interpretación más favorable, lo cual la asemeja, en parte, a la conceptualización vertida por Ernesto Laclau. En lo relativo a este último, es dable resaltar que en tanto que su intención es explicar la lógica misma del populismo se separa de los principales calificativos vertidos por los autores señalados, aunque arribe a una categoría con poca capacidad de discernir entre procesos políticos con disímil ideología.

Conclusiones

En el presente trabajo se procuró realizar un rodeo por ciertos autores clave a la hora de analizar qué se entiende por populismo. A esta altura, se puede señalar que, sin importar la dimensión que se considere (con énfasis en “las políticas o modelo de acumulación” y/o en “la política”) las definiciones de los respectivos autores —con excepción de Laclau y la del “segundo Aricó”— están impregnadas de las connotaciones peyorativas con las cuales Germani revistió al fenómeno. Entre estas reminiscencias germanianas se encuentran las ideas de: “desviación”, “irracionalidad”, “demagogia”, “autoritarismo”, “carencia de institucionalidad”, “masas heterónomas”, etcétera. Asimismo, también se observa cierta vaguedad en la utilización del concepto, dado que los autores se refieren al populismo como un “estilo político” (Knight), un “modelo de acumulación” (Cavarozzi) o un sistema político (O’Donnell), entre otras acepciones.

De alguna manera, es posible retomar las líneas desarrolladas por Carlos Durán Migliardi quien sostiene que el concepto populismo sirve más para saber sobre quién lo enuncia que sobre el fenómeno que buscan explicar (Migliardi, 2007) o de Laclau, cuando sostiene que posee “la sospecha de que en la desestimación del populismo hay mucho más que la relación de un conjunto periférico de fenómenos a los márgenes de la explicación social. (...) Lo que está implícito en un rechazo tan desdeñoso es la desestimación de la política *tout court* [simplemente]” (Laclau, 2005).

Asimismo, cabe realizar otra crítica que se considera de no menor relevancia. Dada la falta de adecuación de la categoría a los casos empíricos²⁰, su cargado contenido peyorativo recientemente señalado, y su vaguedad conceptual ¿es posible sostenerla como categoría que se presuma de carácter científico? ¿Cuál es la validez

¹⁹ El autor afirma: “Es posible concebir un líder ‘populista’ —en virtud de su estilo político, de su retórica y relación con sus partidarios— que no siga políticas económicas ‘populistas’” (Knight, 1994: 53).

²⁰ Se alude, por ejemplo, a que no en todos los países el proceso que se describe como populismo tuvo similares consecuencias: en México la base social era campesina, a diferencia de Argentina y Brasil; no existieron en el aquel país, grandes *déficit* fiscales, ni grandes corridas inflacionarias, es decir, el populismo no fue “productor de crisis”, mientras que en otros se presentaron crisis económicas; que la coalición de clases no es específico del populismo, etc..

de una categoría que cada autor le otorga un sentido diverso? Con respecto a la definición de Laclau, si bien pretende —meritoriamente— recuperar el concepto de populismo despojándolo de sus caracterizaciones peyorativas, en tanto que lo define como una lógica de articulación política, termina diluyendo la explicación en tanto posee un alcance infinito.

Bajo estos argumentos, cabe preguntarse sobre la posibilidad de conseguir cierta unanimidad en torno del concepto, esto es, en caso de que se quiera rescatarlo, construir un tipo ideal desafectado de las valoraciones “que han demostrado inoperancia a la luz de las connotaciones históricas concretas” (Viguera, 1993: 65) o, *contrario sensu*, está condenado a deambular en un sombrío espacio conceptual.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2003): “Repensando el populismo”, *Política y Gestión*, N° 5.
- Arceo, Enrique (2003): “Argentina en la periferia próspera, renta internacional, dominación oligárquica y modo de acumulación”, Universidad Nacional de Quilmes/FLACSO/IDEP, Buenos Aires.
- Aricó, José (1963): “Pasado y Presente”, Editorial, Revista N° 1.
- Aricó, José (2005): “La cola del diablo: Itinerario de Gramsci en América Latina”, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín (2010). *Hecho en Argentina: Industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (1986). *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Buenos Aires: Legasa.
- Basualdo, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica argentina: desde mediados del siglo veinte a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Basualdo, Eduardo (2006): “Estudios de la historia económica argentina”, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- Borón, Atilio (2008): “Prólogo”, en Rajland, Beatriz, *El pacto populista en la Argentina (1945-1955)*, Ed. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires.
- Cavarozzi, Marcelo (2000): “Modelos de desarrollo y participación política en América Latina: legados y paradojas”. En: Kliksberg, Bernardo y Luciano Tomassini, comp, *Capital social y cultura: claves estratégicas para el desarrollo*. FCE, Buenos Aires.
- Collier, David (1985): “Visión general del modelo Burocrático-autoritario”. En Collier, David, ed., *El nuevo autoritarismo en América Latina*, FCE, México.
- Durán Migliardi, Carlos (2007): “Neopopulismo: la imposibilidad del nombre”. En: Aibar, Julio, comp., *Vox Populi. En torno al populismo y la democracia en América Latina*. Flacso, México.
- Germani, Gino (1955): “Estructura social de la Argentina”, Buenos Aires, Ed. Raigal.
- Germani, Gino (1962): “Política y sociedad en una época de transición”, Paidós, Buenos Aires.
- Knight, Alan (1994): “El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, Estado y sociedad en América Latina, siglo XX”, en AAVV, *Transformaciones sociales y acciones colectivas: América Latina en el contexto internacional de los noventa*. El colegio de México, México.
- Laclau, Ernesto (2005): “La razón populista”, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2006): “Consideraciones sobre el populismo latinoamericano”, Cuadernos del CENDES, no. 62.
- Marx, Carlos (2001): “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, CS Ediciones, Buenos Aires.

- Peña, Milcíades (1973): "Masas, caudillos y elites: La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón", Ediciones Fichas, Buenos Aires.
- Peña, Milcíades (1986): "Rasgos biográficos de la famosa burguesía industrial argentina" (1ra. ed.; 1964), recopilado en: M. Peña: Industrialización y clases sociales en la Argentina, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Tarcus, Horacio (1996): "El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña", Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto.
- Viguera, Aníbal (1993): "Populismo y neopopulismo en América Latina", Revista Mexicana de Sociología, 3/93.